LUIS ESTESO é IGNACIO MUÑOZ

El señor catalán

JUGUETE CÓMICO EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915



EL SEÑOR CATALAN

EL SEÑOR CATALÁN

JUGUETE CÓMICO EN PROSA

POR

LUIS ESTESO É IGNACIO MUÑOZ

Estrenado con éxito en el TEATRO MADRILEÑO la noche
del 1 de Enero de 1915



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DALIA	ADELA MARGOT
PURA	CARMEN IBÁÑEZ.
GERVASIO, habla con marcado acento catalán..	SR. MUÑOZ.
PEPITO	ESTESO.



ACTO UNICO

Sala. Un balcón segundo término derecha. Dos puertas izquierda. Un perchero, con ropa, que habrán sacado de un baúl mundo, que se hallará primer término derecha. En este baúl ha de caber un hombre.

—

Dalia (Paseando rápidamente.) No aguanto más.

Pura ¿Pero qué hace usted, señorita?

Dalia Volverme loca.

Pura ¿Pero no le aseguro á usté, que ese catalán que acaba de llegar al balneario, es capaz de todo?

Dalia Es que no me atrevo á proponerle que haga de marido postizo.

Pura Pues yo no tendría inconveniente, porque es la mar de simpático.

Dalia Yo necesito un marido hoy mismo. ¿No ves que Pepito cree que soy casada, y su ilusión consiste en ponerle á mi pobre marido... porque dice que es su mayor encanto.

Pura Sí que es capricho de hombre.

Dalia Como lo de venir á tomar las aguas á Caldas de Flojilla, porque abren el apetito.

Pura Y con lo bien que estaría una, teniéndolo siempre cerrado.

Dalia Desde que estamos en Flojilla, no sé que es de mí.

Pura Pues atrévase usté

Dalia ¿Y tú crees que ese catalán?...

Pura Acaba de llegar al establecimiento, muerto

de necesidad. Creo que es cómico. Aquí no le conoce nadie, y como usté le ha dicho á Pepito que está aquí su esposo, y como Pepito va dudando... Yo creo que debe usté hablar con el catalán.

Dalia Tú respondes si se ofende ese señor.

Pura ¿Le digo que pase?

Dalia ¿Pero le has dicho tú algo?

Pura Como está usté tan necesitada, lo he prevenido.

Dalia Bueno, y en cuanto me entienda con él, avisas á Pepito, para que se lo presente como á mi esposo. (Sale Pura primera izquierda.) De este catalán, depende mi felicidad. ¿Por qué habré yo tenido necesidad de hacerme la casada? Bueno, Pepito tiene la culpa; él que dice que se muere por las casadas.

Pura Aquí está, pase usté.

Ger. (Este señor llevará puesta una bota y una sandalia Usa pera y está calvo. Entra por primera izquierda. Pura mutis, segunda izquierda.) ¿Hay permiso?

Dalia Pase usté. Pura me acaba de revelar su triste situación.

Ger. Mire, joven, no es jactancia; yo acabo de llegar á este sanatorio acuático, engañado como un hijo del oriente. Supongo que usté sabrá que los de oriente, son los que llevan la trencilla colgando.

Dalia Adelante.

Ger. No, la llevan atrás.

Dalia Pura me ha dicho que viene usted á Flojilla de abajo, y que va usté á Dos Velas.

Ger. Sí, señora; esa era la idea, pero conste que si voy á Dos Velas, es porque ha fracasado estrepitosamente la compañía de teatro en que apuntaba.

Dalia Ya lo sé.

Ger. Bueno, yo apuntaba, aunque aquí, donde usté me tiene, yo he sido barítono de verso. De esos barítonos que no cantan.

Dalia A lo que llegamos, ¿verdad?

Ger. Yo me he hecho más de seis *travesuras* de aquí á las Américas, y nadie me ha sacado por el rastro, que que soy de Granollers.

Dalia Se ve que es usté artista.

Ger. Y lo malo es que al descalabro dramático, me han dado la dirección de este balneario bañístico y agüístico, sin contar conque aquí solo vienen los inapetentes; ya ve usté qué traicion.

Dalia ¡No sé por qué!

Ger. Porque yo el apetito lo traigo de libre circumbalación.

Dalia Todo se arreglará.

Ger. Por más que mi ruina viene de la América. Cuando estuve en Caracas, me jugué mi fortuna al juego favorito del país.

Dalia ¿Y qué juego es ese?

Ger. Muy sencillo, á cara ó cruz, y allí siempre salían caracas.

Dalia ¿Y usté se haría cruces?

Ger. Por eso me lo perdí todo.

Dalia Volverá usté á tener dinero.

Ger. No me embolique.

Dalia Si me da usté palabra de servirme de marido con decoro.

Ger. *De coro* no me hable, porque yo he sido de verso.

Dalia Es que yo también soy de teatro.

Ger. Calla, á mí me ensembla, que el rostro de la fisonomía del semblante, de la cara de voste't, no me es desconegudo.

Dalia Yo soy la Dalia

Ger. ¿La Dalia? Si esa es mi santa favorita. Yo no voy á parte alguna, sin *Sandalia* (Enseñando la sandalia.) Si á usté ma la recuerdo yo del Paralelo.

Dalia Necesito que como compañeros nos favorezcamos. Usté necesita comer.

Ger. Lo llevo en la cara, ¿verdad?

Dalia A la vista salta.

Ger. A todo el que salta le dan tres por uno, conque vengan cuatro bistek.

Dalia Yo necesito que sea usté mi esposo para una sola persona. Esa persona está al caer.

Ger. ¿Viaja en bisicleta?

Dalia Se halla en el balneario. Es un joven que cree que estoy casada. Usté no tiene que hacer más que de marido celoso. Y si conseguimos que ese joven se interese definitivamente, le regalo á usté mil pesetas.

Ger. Oiga, Dalia; con esta ropa no estoy muy presentable que digamos; de modo que si tiene por ahí alguna levita, algún gabán de pieles, quien dice una bufanda, quien dice una sopa al cuarto de hora, la cuestión es que yo me vaya poniendo á tono.

Dalia Inmediatamente. Pura, Pura. (Sale Pura segunda izquierda.) Dile al médico del establecimiento que te dé el chaleco café, y el pantalón manteca.

Ger. Pues no veo la tostada.

Dalia Y el chaqué crudillo.

Ger. Oiga, Pura, que me lo pasen á la plancha, porque á mí crudillo me hace daño.

Pura ¡Pero qué don Gervasio más ocurrente! (se va primera izquierda.)

Dalia ¿Cómo se llama usté?

Ger. Gervasio Ripollés de la Vaina.

Dalia Bien, señor Pollés...

Ger. No, Ripollés de la Vaina.

Dalia O don Gervasio; yo necesito un marido formal.

Ger. Cuando yo me aferro en una cosa, soy de los que tienen dura la testa.

Dalia Eso es lo que yo necesito; un testaferro.

Ger. Mejor testaferro que yo, no se sueña. Pero la culpa de todo la tiene mi esposa.

Dalia ¿Es usted casado?

Ger. Era, pero la dona que me tocó en suerte, se me fugó con un tal Mariano Gas.

Dalia ¿Y qué hizo usted?

Ger. Nada; porque me quitó el conocimiento aquella fuga de Gas.

Dalia En esta ocasión le ruego que no pierda el conocimiento, y procure enfadarse á tiempo.

Ger. Si usté necesita que me enfade, yo le prometo tomar un disgusto por minuto. Y si me lo permite, me haré el esposo... vamos, ¿cómo quiere que le diga?... el esposo que siempre está en la luna de la miel.

Dalia Delante de gentes sí, pero por detrás...

Ger. Si á usté no le gusta, por detrás ni una sola caricia.

Dalia Sin embargo, procure estar en esa miel que usted dice.

Ger. Es que yo de la miel paso en seguida al arrope manchego.

Pura (Primera izquierda.) Aquí está la ropa. (Gervasio la toma y se comienza á desnudar.)

Dalia Dese prisa. ¿Se va usté á desnudar?

Ger. Lo que me voy es á vestir.

Pura Ya le he dicho á don Pepito que puede venir.

Dalia Por Dios, Ripollés.

Pura ¡Que viene don Pepito!

Ger. ¡Que venga, que venga!

Dalia Pasar á mi habitación. (Pasan Pura y Gervasio.)

Pep. (Primera izquierda.) ¿Se puede, Dalia?

Dalia Pase usted, amigo Pepito; ya era hora de que le presentara á mi esposo.

Pep. No, por mí no hay prisa. Está usted para desmoronar á un luchador romano.

Dalia Siempre tan galante.

Pep. Es que á su lado no se me ocurren más que pensamientos revolucionarios.

Dalia ¡Será usted juicioso!

Pep. ¡Si he perdido el juicio en el balneario! ¿A quién se le ocurre casarse más que á usted?

Dalia Soy muy desgraciada... Mi esposo. Gervasio Ripollés...

Ger. De la Vaina.

Dalia Pepito Espada.

Ger. ¿Cómo dice que le va, pollastre?

Pep. Tomando las aguas á todo beber. ¿Y usted?

Ger. Yo no puedo con ellas.

Dalia Tiene el estómago perdido.

Ger. Sí, un estómago atroz.

Pep. Pues me alegro que no sea cosa mayor.

Dalia Don Pepito tenía muchas ganas de conocerte, pero como siempre estás delicado...

Ger. Como delicado, créame que lo soy.

Pep. Sí, yo siempre le estaba diciendo á Dalia: pero y tu esposo, ¿qué hace? ¿dónde se mete? Porque á usté no se le ve el pelo.

Ger. A mí no me agrada salir con ella, porque como es tan conocida, escomienzan todos á decirnos: «¡Qué buena pareja!» «¡Valiente tío cerdo, qué suerte tiene!» En fin, que no me va bien que delante de mí me la glopecken. Y si no, ¿á que á usté le parecía una broma lo del marido?

Pep. Sí, una broma pesada; porque en cupletistas, son pocas las que lo tienen.

Dalia ¿Pero no se sientan ustedes? (A Gervasio.) ¿Ves qué simpatía de criatura?

Pep. (Aparte.) ¡Qué frescura de mujer!

Ger. ¡Sí que es campechano el joven!

Pep. ¡Es favor, don Gervasio!

Dalia ¿Por qué no se distraen ustedes jugando á cualquier cosa?

Ger. Hoy no me pide á mí el cuerpo más que deglutir algo caliente, aunque no fuera más que un arroz con leche á la vinagreta.

Pep. Si yo estorbo...

Ger. No, joven; si es que no me deja ésta comer nada hasta que me llegue la hora.

Dalia Acabas de tomarte un ponche.

Ger. ¿Ponche yo? Mira, no emboliques á don Pepito.

Dalia ¿Ve usted qué genio tiene? Por eso no lo presento á nadie.

Pep. ¡Se conoce que al señor Ripollés no le entran estas aguas!

Ger. Aguas, ningunas. A mí me da usté vino, y me lo bebo. Pero me da usté agua... ¿Ve usté las aguas aperitivas?... Las tengo aborrecidas.

Pep. ¿Es que le han hecho á usted mal?

Ger. Claro. ¿No ve usté que un madrileño me metió en un negocio acuático, que consistía en recoger los días de lluvia toda el agua que caía en el solar del polo Norte, en el solar de Fomento, en el solar de la Almudena?...

Pep. ¿Y qué hacían con ellas?

Ger. Venderlas como agua de Solares.

Pep. ¿Y perdieron el dinero?

Ger. Como que desde entonces no me puedo *consolar*.

Dalia ¡Qué cosas tienes, Gervasio!

Pep. ¡Se ve que es industrial!

Ger. Yo soy el primero que ha descubierto minas de algodón hidrófilo en la provincia de Soria.

Pep. ¿Y dan algo las minas de algodón?

Ger. Las de algodón, algo dan.

Dalia (Aparte.) Es muy bruto, ¿verdad?

Pep. (Aparte.) ¡Es más bruto todavía!

Ger. Me parece que esto se me pone malo.

Pep. ¿Está usté algo indispuesto?

Dalia ¿Vuelves á tus celos?

Ger. (A Pepito.) Si tuviera usté una esposa como aquesta, ¿qué se haría usté con ella?

Pep. Hombre, lo pensaría; porque con una mujer así, se pueden hacer muchas cosas... Este sospecha. (Aparte.)

Ger. Pues yo no sé qué hacerme con ella. Porque esto de tenerme sin dormir y sin comer...

Dalia Es que eres un Otelo.

Ger. Y tú prefieres un *Oletito.*

Dalia Gervasio, ya sabes que no me gusta que me tiren de la lengua.

Pep. No le tire usté, don Gervasio.

Ger. Pero si no le tiro, si es ella, que me ensembla que un día va á llevar lo suyo.

Dalia ¿Ve usted, Pepito?

Pep. ¡Calma, señores, calma! El señor Ripollés tiene razón por un lado, pero por el otro...

Ger. Venga lo del otro. ¿Usté sabe de alguno?

Pep. No, señor; yo no sé más que lo que se le alcanza á todo el mundo. Usted tiene una mujer guapa, joven y cupletista. La gente no sabe que usted existe, y como el varón de hoy no piensa más que en la mujer del prójimo...

Ger. ¿Ves cómo razona este joven?

Pep. Yo hablo por hablar.

Ger. ¿Y sería usted capaz de faltarle á un amigo de la niñez?

Pep. Según como fuese la esposa, porque hay algunas que le hacen tambalearse á un franciscano descalzo.

Ger. ¿Descalzo? Mejor desnudo.

Pep. Esto no quita para que usté se resigne...

Ger. ¿Pero qué embólico me hace don Pepito?

Dalia Es un joven delicioso.

Pep. A usted le ha tocado en suerte esa señora; pues hay que aguantarse conque le guste á los demás, ó buscarse otra más fea.

Ger. Razona usté como soltero, pero quisiera verlo dueño de ella. Veríamos entonces.

Dalia Este no haría lo que tú.

Pep. Por Dios, Dalia.

Ger. No discutamos. Siento un peso en lo *cap*, que voy á dejarme caer en lo *llit*.

Pep. Con su permiso me retiro.

Ger. Ya discutiremos esto de la mujer sobre el terreno. Esta noche no estoy para nada. El gusto va á ser mío. (Se va segunda izquierda.)

Pep. Dalia, mande usté.

Dalia Espérese usté en la puerta que tengo que hablarle.

Pep. Esta mujer es terrible. (Pepito se va primera izquierda. Sale GERVASIO.)

Dalia Póngase usté furioso.

Ger. ¿Grito?

Dalia Sí, hombre, grite usté, y diga que sospecha de ese joven.

Ger. (Fuerte) Es la última vez que en esta casa entra otro *trincheraire* como ese, que no viene con buen fin.

Dalia Ese joven es un caballero.

Ger. Mentira. Ese es un don Juan Tenorio, y en cuanto lo coja le *trenco el coll*.

Dalia Infame, calumniador.

Ger. Dalia, que me separo de ti. (Se acerca y la abraza.)

Dalia Suelte usté. Apártese de mí, canalla.

Ger. ¡Oiga, insultos no! (Tomándolo en serio.)

Dalia No puedo soportar esta vida. Mañana cada uno por su lado.

Ger. Pero antes, que me den de cenar.

Dalia ¡No me pegue usté, asesino!

Ger. Mañana nos veremos los semblantes. (Se va segunda izquierda.)

Dalia (A la primera izquierda.) Pase usté, Pepito.

Pep. ¿Pero se atreve usted sabiendo que su esposo sospecha?

Dalia Se acaba de ir á dormir.

Pep. Es un cocodrilo.

Dalia Hasta me ha pegado.

Pep. Usted tiene la culpa.

Dalia Mañana me fugo con el primero que salga.

Pep. El primero soy yo.

Dalia ¿Pero usted me quiere?

Pep. Con la mayor enajenación posible.

Dalia Cuente usted conmigo.

Pep. Me hace usted muy feliz, Dalia olorosa. Antes de que salga el sol estamos camino de la

felicidad. Adelánteme usted un tibio beso.

Dalia ¿Pero qué hace usted?

Pep. ¡Ponerme tibio!

Dalia No me empuje al abismo. No pierda usted á una pobre mujer enamorada.

Pep. Dalia, esto es un tormento sordo.

Dalia Me arden las sienes. Abra usté ese balcón que necesito aire.

Pep. Respire usted. (Abre el balcón que se halla derecha.)

Dalia ¡Qué locura he cometido! Mi esposo que sale. Métase usté en el balcón.

Pep. Yo no hago papeles feos.

Dalia ¡Por mí, por Dios! (Pepito se queda fuera del balcón.) Va á pasar un mal rato.

Ger. ¿Se fué? (Sale segunda izquierda.)

Dalia Está en el balcón. Repitamos la escena.

Ger. Allá voy. (Fuerte.) ¡Señora mía!

Dalia ¿Qué ocurre?

Ger. ¿Con quién hablaba usted?

Dalia Con quien me daba la gana.

Ger. Es que tengo la mosca en la oreja, y yo mato á ese hombre.

Dalia ¡Atrás, Gervasio!

Ger. Aparta, esposa envisiada. ¡Salga usted, joven sicalíptico! (Abre el balcón y al no ver á don Pepito, vuelve asustado.) ¿Pero dónde está don Pepito?

Dalia ¿Se habrá tirado desde un segundo piso?

Ger. Haber si por causa suya me embolican en una causa criminal.

Dalia ¡Ese hombre, Ripollés!

Ger. (Vuelve al balcón y no lo ve.) ¡Ese hombre se ha estrellado! ¡Todo lo veo nebuloso!

Dalia ¿En qué quedamos, nebuloso ó estrellado?

Ger. Bajaré á ver si lo veo.

Dalia Avise usté al médico. (Se va primera izquierda.) Pura, Pura.

Pura (Sale segunda izquierda.) ¿Qué pasa? ¿Está usté enferma?

Dalia Enferma no. Estoy perdida; se acaba de suicidar don Pepito.

Pep. (Sale por el balcón.) Todavía no.

Dalia Pero ¿qué ha hecho usted?

Pep. Agarrarme al alero del tejado.

Dalia Esta situación es insostenible.

Pura ¿Pero y su esposo?
Dalia Ha bajado al jardín creído de que se habia tirado.
Pep. Calma una vez. ¿Me da usté permiso para que le pegue á don Gervasio una paliza?
Dalia Jamás. El no tiene la culpa de que yo no le quiera.
Pura ¡Que sube por la escalera!
Pep. ¡Que suba!
Dalia Por mí, Pepito, escóndase usté en este baúl.
Pep. Yo no me escondo.
Dalia ¡Que es mi esposo!
Pep. Como si fuera un toro.
Dalia Por nuestro amor.
Pura Hágalo usted por la señorita.
Pep. ¡Aquí me ahogo! (Se mete.)
Dalia Si está vacío.
Pep. Este sacrificio es el último.
Pura Que llega don Gervasio.
Pep. ¡Que venga ese tío!
Dalia Pepito, no me pierdas.
Pep. Si no abren pronto, llamo. (Cierran el baúl.)
Dalia Pura, este hombre es mío.
Pura Demasiado hace.
Ger. (Sale.) En el jardín no ha caído.
Dalia ¡Silencio!
Ger. Que este lío me busca una ruina.
Dalia No se asuste que está en salvo.
Ger. ¿Dónde está?
Dalia En ese baúl.
Ger. Es que no sigue la farsa. Yo me pongo muy *granuloso* cuando me asusto.
Dalia Pierda usté el miedo.
Pura No sea usted así.
Ger. Pero, ¿qué quiere usté con estos embólicos?
Dalia Casarme con él.
Ger. Haber hablado claro. Déjeme dos minutos con él, y como si le hubieran leído la epístola.
Dalia ¿Qué va usté á hacer?
Ger. Casarla por la telegrafía sin hilos.
Pura No lo eche usté todo á rodar.
Ger. Mientras no te echen á ti, que rule la tángana.
Dalia Señor Ripollés.

Ger. En esto soy perito. O me deja usted que le haga las amonestaciones ó tiro el carro por las piedras.

Dalia En sus manos confío.

Ger. Dejadme solo. (Se van segunda izquierda. Abre el baúl.) Isca pa cá fora y no se asuste.

Pep. ¿Pero es usted, señor Ripollés?

Ger. A mí me debe ustet estar aún en este mundo. (Furioso.)

Pep. Muchas gracias, yo creía que era una broma de Dalia.

Ger. Salga, salga pronto.

Pep. Usted no sabe el dolor qne me causa abandonar el mundo.

Ger. ¿De modo que usté ha tratado de ensuciarme el honor?

Pep. Tanto como eso...

Ger. Le advierto que me llamo Gervasio Ripollés de la Vaina.

Pep. Pepito Espada, para lo que usted guste.

Ger. Es que en mi pueblo no hay más Vainas que nosotros, y lo que usté acaba de hacer conmigo no lo hubiera yo intentado con un Espada.

Pep. Lo que hace un Espada lo sostiene.

Ger. ¿Con la vaina?

Pep. Y con el filo.

Ger. (Aparte.) Lo ha tomado en serio. A mí me tenía usté que haber visto la semana sanguinolenta en Barcelona.

Pep. Estuve allí.

Ger. ¿Y vió usté la quema de edificios que se armó?

Pep. Sí, señor, y no salí huyendo de la quema.

Ger. ¿Se fijó usté en el humo que salía por todas partes?

Pep. Sí, señor.

Ger. ¿Y ha visto usté alguna semana más humorística?

Pep. ¡Sí, señor!

Ger. ¿Dónde?

Pep. En la batalla de Lepanto.

Ger. Hombre, no sea usté embustero, que usté no ha estado en esa batalla.

Pep. En resumidas cuentas, ¿qué se ofrece?

Ger. Mire, yo estoy deshonrado desde este mismo

momento. Ese baúl encubre mi honra. Si usté tiene el valor...

Pep. Lo tengo.

Ger. Se trata de poco dinero, pero vamos.

Pep. ¿Será usted capaz de ofrecerme una cantidad?

Ger. En mí no cabe eso. Esa ofensa la espera usté de un González, de un García, ó de un Gutiérrez, pero no la espere usté nunca de un Vaina como yo.

Pep. Entonces, ¿qué quiere?

Ger. Duro es lo que le propongo. Que me de usté quinientas pesetas y mañana me largo pa Barcelona.

Pep. ¿Solo?

Ger. Solo no; con la criada de Dalia. Estoy de estas aguas hasta tocármelas con el dedo. No las puedo tragar.

Pep. ¿Y Dalia?

Ger. Dalia no puede tragarme á mí. De modo que, por las quinientas, *piro*, sin volver ojo atrás.

Pep. ¿Lo dice usted en serio?

Ger. Y si quiere le hago un recibo.

Pep. Señor Ripollés, es usted el hombre más tratable del globo.

Ger. Lo que sí le ruego es que me guarde el secreto, porque si Dalia se entera...

Pep. Ni un monosílabo. A usted le entrego las quinientas y al tren. (Le da el dinero.)

Ger. Créame que esta acción me cuesta una vergoña bárbara.

Pep. Nada, hombre, usted, con estas quinientas, se pasa allá la gran vida.

Ger. Ya verá vosté qué *sanc* en seva me atizo, revuelta con macarrones á la norteamericana.

Pep. ¿Amigos? (Dándole la mano.)

Ger. Hasta el lejano panteón de familia.

Pep. Cuente conmigo.

Ger. Esta simpatía de usté me hace llorar como cuando lloré por primera vez en mi vida. Fué el día de la Candelaria.

Pep. ¿Y por qué lloró usted?

Ger. Porque cuando la Candelaria *plora, el inverno fora.*

Pep. Es usted todo un filisteo. (Se va Pepito primera izquierda.)

Ger. ¿Me habrá insultado?

Pura (Segunda izquierda.) ¿Qué ha hecho usted?

Ger. Sacarle quinientas pesetas. Mañana, en el primer tren, salimos facturados. Despídete de Dalia.

Dalia (Segunda izquierda) ¿Qué ha hecho usted, so sinvergüenza?

Ger. No escomencemos á bromear.

Dalia Eso es una estafa. No cuente con las mil pesetas mías.

Ger. ¿Y usté no me estafa á mí?

Dalia ¿Qué habrá dicho Pepito?

Ger. Que le cobro muy barato.

Pura Señorita, yo me marcho con el señor Ripollés á Barcelona.

Dalia ¿Pero qué te gusta de este hombre?

Pura ¡Ay, señorita, la pera!

Ger. Es que hay que ver lo bien que me las hago. Por algo he sido peluquero de teatro.

Dalia Me dejais sola, cuando más necesito el consejo de buena compañía. ¿Qué hago yo si se escama Pepito?

Ger. Una vez escamado lo escabecha. Yo voy á ver si tragelo algo, porque estoy como para perder el pulso. (Se va primera.)

Dalia Me dejan sola, Dios mío. (Pura, segunda se va.)

Pep. Estoy yo con usted. Agárrese á mí, para recibir una sorpresa.

Dalia Pero, ¿es que usted no me quiere?

Pep. Más que antes. Su esposo es de una frialdad que le para el reloj á un canónigo.

Dalia Ya sé que le ha pedido á usté quinientas pesetas.

Pep. Ese dinero no me duele.

Dalia ¿Pero le sigo gustando?

Pep. A mí me gusta usted viuda inclusive. Pero como usted es casada, ¿qué había de decir sino que me gustan las casadas?

Dalia Pues, amigo, agárrese usté para no desmayarse. ¡Yo soy soltera!

Pep. Entonces, el señor catalán...

Dalia No es nada mío.

Pep. ¡Dalia de mi sangre!

Dalia Que ha perdido usté quinientas pesetas.

Pep. Pues agárrese usté otra vez. Las quinientas pesetas son cinco anuncios.

Dalia No comprendo.

Pura ¡Señorita! (Sale segunda izquierda.) Al señor Ripollés le pasa algo ahí abajo.

Dalia ¡Ese hombre está loco!

(Entra DON GERVASIO primera izquierda, sin pantalones ni chaquet, solo con el chaleco y el sombrero. Viene como loco.)

Ger. Esto que se acaba de hacer conmigo no es humano, yo necesito venganza.

Pep. Señor Ripollés.

Ger. Por mis venas corre la sangre de mi paisano Prim, pero no la de primo.

Pep. Don Gervasio, dos palabras.

Ger. No escucho á nadie. Yo soy más flamenco que la Puerta de Alcalá y de aquí no sale nadie vivo.

Dalia ¡Ante todo, decencia!

Ger. Qué decencia ni qué ropa interior, si en cuanto me han visto los dependientes del médico me han quitado las prendas.

Pep. Todo se arreglará.

Ger. Es que esto de darme á mí cinco anuncios del petróleo Gal, para que crezca el cabello, es mucha tomadura de ídem. (Se quita el sombrero y se queda calvo.)

Pep. ¿Se contenta usted con dos billetes de cien pesetas y pagarle encima el gasto de esta noche en el balneario?

Ger. ¿Pero billetes de verdad?

Pep. ¡Sí, hombre, de cien pesetas!

Ger. Me amoldo, y hasta si usté me lo permite, haré el sacrificio de acostarme con Pura, para ahorrarle la peseta de la cama.

Pep. Como que Pura es de las que fuman en pipa.

Ger. Que cuente con un buen puro. ¿Tiene usté un cigarro?

Pep. Ahí va eso.

Dalia Y todo esto lo habrá usted hecho porque no tiene con qué encender.

Ger. Es verdat, que me den lumbre.

Dalia
Si te distrajo el juguete,
y nos quieres perdonar.

Ger.
Cuenta con las simpatías
de un amigo catalán. (Telón.)

ANTES DE MORIR, LEER LAS

Obras de Luis Esteso

Es el autor picaresco de más fibra de este siglo. ¡Palabra!

A 50 céntimos

Cartas amorosas.
Cartas para todos.
La novela verde (novela).
Monólogos picarescos.
Para que rían las mujeres.
Quince romances en chufla.
Los caminos del amor.
Chascarrillos y epigramas.

A 20 céntimos

La vida cachonda.
Diálogos de teatro.

A una peseta

Viaje cómico por España.

Aventuras de Luis Esteso por los escenarios.

Entremeses.

Cinco diálogos para teatro, de hombre y mujer.

Alaridos eróticos.

Contiene este tomo: *El asesinato de la cupletista Ombliguete*, *La bella Pendoncete*, el monólogo *Los toreros* y diez monólogos más

Cincuenta monólogos verdes.

Este tomo contiene los libros *Lecherías*, *Rebuznos de Luis Esteso* y *Monólogos excitantes y alegres*.

El turbión de la risa.

En este libro van *La vida de Belmonte, Joselito tiene miedo, La República del Común, Malagueñas y cantares, Monólogos nuevos* y otros.

Para que rían los curas.

Libro extraño. ¡Ojo con él!

A dos pesetas

La reata humana.

Contiene 42 composiciones entre monólogos, romances y sátiras. Es la obra de un pensador, como verá quien leyere.

Obras dramáticas

La pobre Dolores.—Sainete lírico.
La influencia del tango.—Entremés.
La loca.—Zarzuela.
Consulta gratis.—Juguete cómico.
Lo del chico.—Entremés.
Los calzones coloraos.—Juguete cómico.

Pedidos á Fernando Fé, Puerta del Sol, 15. Madrid

Para contratos teatrales, á Luis Esteso, Encomienda, 20.—Madrid

OBRAS DE IGNACIO MUÑOZ

Conchita.

Hojas sueltas.

La primera del concurso.

Entre olivares.

Baños al placer. (1)

Los calzones coloraos. (2)

---

(1) En colaboración con D. Eduardo Haro.
(2) Idem con D. Luis Esteso.